

Queridos hermanos y hermanas, hoy resuena en esta iglesia de Santa Emerenciana una palabra: ¡**Ábrete!** ¡Ábrete, no vivas con los oídos cerrados y la lengua trabada, como el sordomudo del Evangelio!

¡Ábrete!, porque en demasiadas ocasiones no queremos o no podemos salir de nuestro yo clausurado, cerrado a Dios y a las personas, sobre todo a aquellas que nos contradicen; un yo que, por miedo o por pereza, se refugia en el ruido o tantos entretenimientos, a fin de rehuir el diálogo profundo, de corazón a corazón. ¡Ábrete!, porque sólo nos conocemos a nosotros mismos y atisbamos nuestra vocación en el encuentro con los otros y con el Otro. ¡Ábrete!, porque Dios tiene algo bueno, buenísimo, que ofrecernos.

¡Abre tus **oídos!**, porque Dios tiene una buena noticia para ti. ¡Abre tu **corazón!**, porque Dios quiere regalarte el único amor que puede saciar tu hambre más honda. ¡Abre tu **debilidad!**, porque Dios quiere manifestar su fuerza en ella. ¡Ábrete con espíritu sinodal a los **hermanos y hermanas** que te rodean!, porque si no nos abrimos a las personas que vemos, ¿cómo vamos a abrirnos a Dios, a quien no vemos? (cf 1 Jn 4,20).

¡Ábrete!, para acoger y también **para compartir**; porque a pesar de errores y limitaciones, somos preciosos a los ojos de Dios (cf. Is 43,4) y hemos recibido talentos valiosos para compartirlos, para que la ternura de Dios llegue a los recodos más oscuros de la humanidad. ¡Ábrete!, porque no nos abrimos de una vez y siempre podemos abrirnos un poco más y, porque, además, la bendición más bella está por venir: «El páramo se convertirá en estanque, el suelo sediento en manantial».

¡Ábrete! Dios nos dirige a todos esta llamada apremiante, este ruego amoroso. Pero hoy resuena especialmente en tu corazón, **querido Isaí**. ¡Ábrete!, porque has experimentado en tu proceso de fe y formación, que sólo podemos crecer cuando nos abrimos a la verdad, a los hermanos, Dios.

¡Ábrete!, porque para ser **lector** cualificado de la Palabra de Dios, has de abrir tu sensibilidad y tu inteligencia a esa Palabra viva y eficaz que puede cambiarnos la vida de arriba a abajo como a Zaqueo, ese personaje con el que, a pesar de tu altura, tantas veces te has identificado; esa Palabra capaz de pacificarnos en la zozobra e inquietarnos en la modorra, de cuestionar nuestras falsas seguridades y de ofrecernos apoyo firme, de echarnos en cara nuestro pecado y de recordarnos nuestra condición de hijos de Dios, de unirnos en comunidad creyente y abrirnos a quienes no comparten nuestro credo. Así es la Palabra de Dios cuando nos abrimos a ella sin prejuicios, con alma de discípulo: siempre sorprendente, siempre vivificadora.

¡Ábrete!, para que percibas que **Dios te habla a ti**; para enamorarte de Jesús, la Palabra en persona; para que puedas transmitirla con la emoción y la responsabilidad de haber sido elegido para comunicar no cualquier palabra, sino la Palabra de Dios; para que, como el profeta, puedas decir a los inquietos: «Sed fuertes, no temáis. ¡He aquí vuestro Dios! Viene en persona y os salvará»; para que puedas proclamar con tu voz y con tu vida: «Todo lo ha hecho bien: hace oír a los sordos y hablar a los mudos».

¡Ábrete!, para que tu acercamiento al altar como **acólito** te acerque más a Cristo. Hace muchos años, en Calatayud, te acercaste al altar como monaguillo y eso, en tu inocencia infantil, te ayudó a acercarte a Dios. Hoy, la institución en el ministerio de acólito, con la madurez y la formación que has adquirido, te acercará a Cristo Eucaristía, que ofrece su vida entera, por amor al Padre y a la humanidad; a ese Cristo que quiere ser tu pan, tu alimento, tu fuerza. ¡Ábrete!, para que puedas **configurarte más con Cristo** y pueda contagiarte el deseo de entregarte, como Él y con Él, al servicio de la humanidad; para que la celebración de la Eucaristía te impulse al ejercicio de la caridad, con las personas hambrientas de esperanza, de compañía, de pan; porque, como dice el apóstol Santiago: «¿Acaso no eligió Dios a los pobres según el mundo como ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que lo aman?». ¡Ábrete!, para que la eucaristía te haga sentir grano de trigo que se une a tantos otros para ser pan; para que crezca en ti la **pasión por la unidad** de tu parroquia, de la Iglesia, de la humanidad.

Por eso, querido Isaí, procura recibir esta institución no como una especie de nombramiento para ser lector y monaguillo “profesional”; sino como una llamada a **vivir con mayor intensidad tu relación con Cristo**, con Cristo Palabra y con Cristo Eucaristía. Te animo, asimismo, a vivir estos ministerios laicales como una invitación a conocer y a apreciar los diversos carismas que el Espíritu de Dios suscita en los **laicos, mujeres y varones**; carismas que, cuando seas presbítero, tendrás que alentar y reunir en la comunidad que te sea confiada.

Queridos **hermanos y hermanas**, que esta institución nos impulse a todos nosotros a escuchar la Palabra de Dios. ¡Ábrete! Abríos a Cristo, dejasos conducir por su palabra y alimentar por el pan de su amor, escuchad la llamada de Dios a ser presbíteros, misioneros, consagrados, laicos comprometidos..., con la seguridad de que responder a la vocación de Dios es fuente de alegría, de libertad, de amor y de esperanza. Querido Isaí, queridos hermanos y hermanas, que la **Virgen María**, la mujer plenamente abierta a Dios y a toda la humanidad, nos conceda en la fiesta de su Nacimiento, escuchar y responder como ella y con ella a la llamada de Jesús: ¡Ábrete!